

## World terror center *y la actual crisis mundial*

“Los actos terroristas no deben quedar sin respuesta”. Cualquiera puede entender y respaldar esta posición del gobierno estadounidense. No cabe justificación alguna para el terrorismo. Los atentados del 11 de septiembre lo han subrayado en su horrenda crueldad: aeromozas asesinadas a cuchilladas a fin de paralizar por el terror a los pasajeros de los aviones secuestrados, estrellados éstos sin misericordia contra edificios de oficinas, donde la gente moría abrasada, o asfixiada por el humo, mientras otros perecían aplastados al saltar por las ventanas o cuando las torres se derrumbaron. Sufrimiento y horror inauditos, que exigen una conclusión inequívoca: el terrorismo ha de ser condenado con toda firmeza.

Pero la respuesta ha resultado ser una guerra que, en las semanas que lleva, ha producido nuevas muertes y penalidades, más víctimas inocentes. Se ha esgrimido en Naciones Unidas el derecho a la legítima defensa de Estados Unidos y ante la Organización del Tratado del Atlántico Norte el estatuto de nación víctima de un ataque exterior. A partir de estos apoyos se formó la coalición internacional, básicamente para legitimar las acciones militares unilaterales de Estados Unidos. Una respuesta es necesaria e ineludible. Sin embargo, ¿es la guerra la respuesta adecuada?

La de ahora es además una guerra muy dispar: de un lado la potencia más rica del planeta y sus asimismo poderosos aliados, del otro lado, uno de los países más pobres del mundo. De siete a ocho millones —es decir, la tercera parte de la población afgana— se han convertido ahora en desplazados

internos, sin acceso a la ayuda humanitaria internacional, atrapados en su propia patria, sin que país fronterizo alguno los acepte, en calidad de refugiados. Ya había cerca de tres millones en Irán y Pakistán antes de la actual crisis.

“El mundo ha cambiado —se nos repite— desde los atentados del 11 de septiembre.” Y realmente es la actual una situación diferente. Una diferencia que brota de la radical novedad del ataque terrorista. Los especialistas en el tema mencionan que, en los últimos veinte años, Estados Unidos, sus intereses o sus ciudadanos han sido objeto de no menos de 2 400 atentados. Pero éste ha sido el primero de carácter global, que mató a ciudadanos de 60 países diferentes, planificado para ser transmitido en directo a nivel mundial. La magnitud del daño, el dolor, el caos y “el no saber qué hacer”, que las autoridades reflejaron al inicio, frente a los ojos del mundo por el milagro de la tecnología actual de las comunicaciones, lo convirtieron enseguida en un golpe psicológico sin precedentes. Incredulidad y miedo, orgullo herido. La superpotencia humillada. Lágrimas de dolor y de rabia. Es nuevo.

Pero sobre todo es nuevo el hecho de que esta vez no hay mensaje. Nadie ha reivindicado el ataque. Nadie establece un por qué, un para qué o un quiénes. Anteriormente se había dicho que en la posmodernidad “el medio es el mensaje”; en este caso, el mensaje es la propia acción terrorista. Es terrorismo posmoderno.

Tampoco hay mensajero. Es decir, desapareció, inmolado en su propia acción suicida. Como

kamikaze. Pero un kamikaze del que no está clara su identidad, ni sus objetivos, ni las razones que lo animan. La única pista para deducir la procedencia del ataque es que el mensajero no trató de eludir su mortífero mensaje, lo asumió plenamente. Y tal como fue concebida, éste era el único modo de cumplir su misión: sin intentar una vía de escape al destino fatal que él mismo se impuso. No hay ideología política capaz de llevar una convicción tan lejos. Tan sólo si es combinada con el fanatismo religioso. Cruelmente, como en las guerras de religión de la edad media. Es terrorismo medieval.

De ahí lo grave de la equivocación estadounidense inicial, de presentar la campaña antiterrorista como una "cruzada" o como una "lucha entre el bien y el mal". A los que están dispuestos a morir invocando a Alá, poca mella iba a hacerles la satanización occidental. Al revés, conviene a sus fines poder presentar a la coalición mundial como el bloque de los infieles, en lucha con los 1 200 millones que componen el mundo musulmán. No es ésta una guerra de religiones, pero podría llegar a serlo. El islam actual es sumamente diverso y plural, pero van a potenciarse las corrientes anti-occidentales si occidente se equivoca en esta campaña. La falsa profecía del "choque de civilizaciones" sería, entonces, una de éstas que se vuelven verdaderas al generar su propio auto-cumplimiento.

Surgiría una doble valoración ética: calificado de cobarde por occidente, el ataque sería considerado heroico por una parte del mundo islámico. Osama bin Laden sabe lo que busca cuando afirma: "el mundo se ha dividido en dos; unos se alegraron y otros condenaron el atentado; unos están contra la campaña bélica en Afganistán y otros la apoyan". Éste es su razonamiento. La postura de Estados Unidos aparece sorprendentemente paralela. En palabras de su presidente: "o están con nosotros, o están con el terrorismo". El mismo razonamiento de su adversario.

¿Será incoherente pronunciarse condenando el atentado y al mismo tiempo criticar la guerra contra Afganistán? ¿O la coherencia habrá que buscarla permaneciendo del lado de las víctimas? Pero víctimas las hay en ambos lados, en Nueva York y en Kandahar, en Washington como en Kabul.

La condena de los hechos del 11 de septiembre conlleva necesariamente, por idénticas razones éticas, la condena de la campaña antiterrorista "libertad perdurable". Lo contrario sería caer en la mis-

ma doble moral que inducía a Estados Unidos a llamar "luchadores por la libertad" a los que más tarde demonizaba. Así lo hizo Bush padre con Sadam Husein, ahora es el turno de Osama bin Laden y los taliban en tiempos de Bush hijo.

Se ha cumplido un mes de operaciones militares en Afganistán y no se ha conseguido capturar a bin Laden, ni se ha podido dismantelar su red terrorista Al Qaeda, ni sacar del poder al gobierno taliban. Mientras tanto, han sido bombardeadas dos veces consecutivas las instalaciones de la Cruz Roja Internacional, amén de la oficina de Naciones Unidas, una mezquita, un hospital y un asilo de ancianos. Además de algunos barrios, varias aldeas y muchas viviendas rurales. El tiempo empieza a jugar en contra de la coalición, por la proximidad del crudo invierno afgano, pero sobre todo por la proximidad de sus acciones a las del terrorismo al que combate. Es terrorismo de Estado.

El 11 de septiembre, a las pocas horas de los terribles atentados, presentadores noticiosos afirmaban: "ha sido el mayor acto terrorista de la historia". Inexacto. Tanto el holocausto judío perpetrado por los nazis como las dos bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki superaron con creces la brutal agresión de ahora. Y una serie más de atrocidades, cometidas por los estados. Pues no hay un terrorismo bueno y otro malo. Pero sí hay uno peor: el terrorismo de Estado.

El terrorismo no estatal puede ser expresión de la desesperación, de la venganza y de la impotencia. Cuando no se es capaz, por debilidad propia o por la fortaleza desmesurada del adversario, de hacerle la guerra. Como sustituto. O como hace poco alguien reflexionaba: "si se ha definido la guerra como la continuación de la política por otros medios, el terrorismo vendría a ser la continuación de la guerra por otros medios".

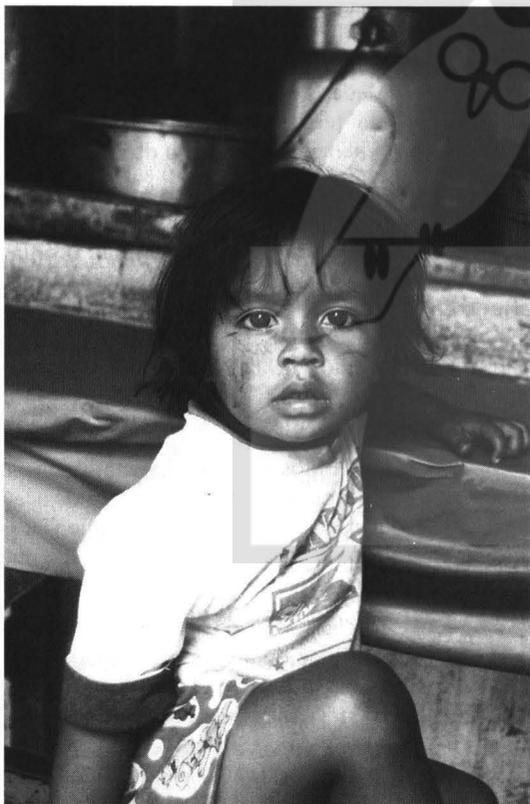
Inaceptable de todos modos. Pero también debería serlo la violencia de la guerra y solemos aceptarla. Como mal necesario. Incluso hay quien la ve como una forma de "destrucción creativa", que puede ayudar a superar crisis económicas. Conveniente a veces, sobre todo en tiempos de recesión.

En la nueva situación, lo preocupante es que tiende a ir borrándose la delgada línea que, teóricamente, separa la guerra del terrorismo. Definir el terrorismo —ataque que busca generar víctimas civiles, con objetivos políticos, y que toma como blanco de su violencia a la población— no resulta

suficiente para una diferenciación definitiva. La guerra moderna suele usar métodos terroristas, sobre todo desde que se optó por la infraestructura económica como el blanco decisivo y se definió que quebrar la moral de combate del enemigo constituye el verdadero objetivo. Y porque los grupos terroristas emplean ahora refinadas tecnologías y armas de gran poder destructivo.

Es lo que llevó a Bush a declarar formalmente los atentados como "un acto de guerra". Por su parte, los talibán han calificado los actos de guerra en su país como "actos terroristas". Nuevo paralelismo. Se difuminó la frontera que, en teoría, separaba guerra y terrorismo. También en la práctica. Se está borrando en Afganistán.

Igual pasa en territorio estadounidense. A la CIA le han regresado prerrogativas anteriores, que legitiman los llamados "asesinatos selectivos". Sus agentes, otra vez, gozarán de "licencia para matar". Ello justifica la mordaz crítica de Máximo, humorista del diario español *El País*, cuando en una caricatura escribe: "Se buscan asesinos para matar criminales".



Mientras tanto, los analistas discuten abiertamente en la prensa norteamericana la posible legitimidad de la tortura como método para prevenir atentados. Se argumenta la conveniencia de adoptar leyes como las de Israel, único Estado moderno donde ha sido legal la utilización de la tortura, bajo el eufemismo de "aplicar presión física moderada" sobre los detenidos. De forma que, bajo el lema "el país está en guerra", el poder aspira a adoptar medidas, más propias de una dictadura militar, que de la democracia que pretende estar defendiendo.

En el Congreso y el Senado se discute el proyecto de ley antiterrorista enviado por el ejecutivo. Éste pretende poderes para detener, aun sin pruebas, a inmigrantes de quienes las autoridades sospechen vínculos o conexión con el terrorismo. Se propone que indefinidamente. Por simples sospechas. Sin ser llevados a juicio.

Las autoridades migratorias encuentran, en numerosos ciudadanos, entusiastas colaboradores, a la hora de denunciar a los inmigrantes. El flujo de los mismos ha caído de manera dramática en la frontera sur, no tanto por temor al terrorismo islámico como al de los racistas y pseudopatriotas. Los 7 millones que componen la comunidad musulmana de Estados Unidos están siendo víctimas de acoso, insultos y agravios continuos. Entre los extranjeros de etnias que corresponden al cliché que de los terroristas se ha formado la opinión pública, los ataques están siendo numerosos y ya se han cobrado algunas vidas.

La sociedad estadounidense se mira dispuesta a aceptar cualquier restricción de los derechos y las libertades fundamentales, con tal de superar la inseguridad actual. Nuevos atentados mantienen la zozobra. Ahora son los envíos postales con ántrax. Nuevamente son mensajes de muerte los que llegan y de nuevo los mensajeros, esta vez los inocentes carteros, son los primeros en morir. Por si eso no fuera suficiente, renovados llamados de alerta de las autoridades mantienen el clima de temor ciudadano. "Se sabe de un próximo ataque terrorista", advierten. Pero no se sabe qué, ni se sabe dónde, ni se sabe cuándo. Y tampoco saben quién, ni por qué. ¿Para qué entonces los llamados de alerta? Tampoco eso se sabe.

No se sabe, pero se puede adivinar. Mientras se mantenga el miedo resultará más fácil extender la militarización de la sociedad, los controles de todo tipo y escalar en el autoritarismo. Ahorrarse

las protestas por los despidos masivos, muchos de los cuales ya estaban previstos desde antes del 11 de septiembre. Y presionar a los inmigrantes latinos, indeseados en tiempo de recesión. También acallar críticas a los programas de rearme del gobierno de Bush. Éste acaba de firmar el mayor contrato militar de la historia. Ascende a la suma astronómica de 225 mil millones de dólares, el encargo de 3 mil unidades del nuevo cazabombardero, que va a producir la empresa *Lockheed*.

De modo que el consorcio militar industrial va a respirar tranquilo. Terminó la guerra fría, pero el mundo no es un remanso de paz, sino más bien todo lo contrario. Buenas perspectivas para sus negocios. Los neoconservadores, ideólogos del duro discurso anticomunista, muestran su satisfacción. Bastará sustituir la palabra "comunismo" por "terrorismo" y el resto puede quedar como antes. Así, ya no hará falta disfrazar de lucha contra el narcotráfico la injerencia en la guerra civil colombiana y podrá emprenderse la ofensiva contra las FARC y otras guerrillas marxistas, en nombre de la cruzada contra el terrorismo.

Berlusconi, el derechista presidente italiano, quería incluso aprovechar esta coyuntura para criminalizar a los movimientos antiglobalización. Su homólogo español, Aznar, pretende usarla para aislar finalmente a la *ETA*, mientras el británico Tony Blair ya obtuvo el desarme unilateral del *IRA* irlandés. El ruso Putin ha conseguido el silencio occidental frente a su política imperial en Chechenia, al igual que sus colegas chinos dejaron de ser hostigados por los abusos de los derechos humanos, en su país.

No todos los cambios son para mal. Al fin, Estados Unidos se puso al día con sus pagos retrasados con la Organización de Naciones Unidas, con lo que terminará esa forma de chantaje. Levantó las sanciones contra India y Pakistán, castigados por sus ensayos nucleares, y está haciendo por mejorar su relación con Irán. Y, lo más novedoso, está presionando a Israel para que deje de boicotear las negociaciones de paz, las lleve a feliz término y acepte la formación de un Estado palestino.

Falta mucho, no obstante, para poder considerar que la gran potencia ha corregido por fin el rumbo y utiliza su liderazgo para procurar hacer de éste un mundo más justo y más seguro. Debe corregir su política de inteligencia, para que la *CIA* deje de reclutar y entrenar cuervos que más

adelante le sacarán los ojos a su amo o a cualquiera de sus vecinos.

Debe, asimismo, cesar el uso abusivo y terrorista de su fuerza militar, para poder derrotar ideológicamente, debilitar y aislar el terrorismo hoy existente en el mundo. Debe aplicarse su propia receta y dejar de tolerar, albergar y ayudar a grupos terroristas, en su propio territorio. El exilio dorado de la contrarrevolución cubana en la Florida debe terminar. Organizaciones como la Fundación Nacional Cubano Americana, señalada de haber financiado las actividades de gentes como Luis Posada Carriles, confeso terrorista, hoy preso en Panamá, deben ser ilegalizadas e investigadas por la justicia.

Falta que apoye la creación y ratifique la puesta en marcha del Tribunal Penal Internacional, del que ha sido uno de los únicos siete estados en oponerse, para que los genocidas y los criminales de guerra enfrenten la justicia y el mundo se ahorre campañas militares de represalia y venganza como la actual.

Debe haber control en los paraísos fiscales y las cuentas secretas, a lo cual Estados Unidos se ha opuesto hasta ahora, pero que resulta crucial para contrarrestar, tanto el terrorismo como el crimen organizado y la corrupción de muchos políticos. Deben avanzarse los programas para la eliminación de las armas de destrucción masiva, las químicas y biológicas, así como las nucleares. Y dar a Naciones Unidas el poder que hasta ahora se le ha negado, democratizar su Consejo de Seguridad y eliminar el privilegio del veto que cinco potencias mantienen, para que pueda cumplir su misión de asegurar en el mundo la paz y la cooperación, de promover internacionalmente el progreso y la equidad.

Sin un dramático cambio de orientación de la nación más poderosa del mundo, difícilmente la campaña actual conseguirá poner un punto final al terrorismo y la carnicería seguirá. Estados Unidos ha pedido al mundo solidaridad. Está en su derecho y la merece. Por ahora, la crítica se constituye en una forma de solidaridad, tal vez la mejor. Porque señala un camino y una base de principios. Sin ellos, los medios que se utilizan pueden terminar atropellando los nobles fines que se proclaman. Sin ellos, la civilización se arriesga a degenerar en una barbarie parecida a la que se enfrenta. Sin ellos, pierde todo sentido la actual campaña por hacer duradera la libertad y posible la justicia.

**Ricardo Ribera**